

solo atender á la direccion que debian tomar las emigraciones para llegar á nuevas estancias, y lo que se encuentra de acuerdo con las tradiciones.

Así en la América del Sud, los Chonos, segun Inow, «hacen remontar su origen á naciones venidas del Oeste á través del Océano;» á donde esperan volver despues de su muerte. Thomson nos dice que los Araucanos, sus vecinos, «despues de su muerte, emigran del lado del Oeste á través del mar.» Los Peruanos de la raza dominante que esperaban marchar hácia el Este, ponian los cuerpos de cara á ese lado; pero los Peruanos de la raza inferior indígena, que vivian en la costa, no tenian tal costumbre. El paraíso de los Ottomacks de Guyana está situado en el Oeste; por el contrario, el de los Indios de la América central está situado hácia «donde se levanta el Sol.» En la América del Norte, los Chinuks, que habitan en una altitud elevada, tienen su cielo en el Sud, tambien la tienen en ella los Chippeues; mientras que las razas que habitan las partes meridionales del continente, tienen sus «felicis territorios de caza» en el Oeste. En Asia el paraíso de los Kalmucos está hácia el Oeste, el de los Kukis al Norte, el de los Todas «hácia donde el Sol se pone.» Y estas mismas diferencias se encuentran entre los pueblos de la Polinesia. En Eromanga se cree que «los espíritus de los muertos marchan hácia el Este;» mientras que en Lifu «se supone que el espíritu se va á un lugar del Oeste llamado Locha.»

Como ya lo hemos visto en algunos de los hechos citados más arriba, la posición que se da al cadáver al sepultarlo, depende evidentemente de la dirección que se supone que tomará el muerto; á menudo la confesion de este uso es explícita. Así, segun lo cuenta Smith, los Araucanos colocan los cadáveres sentados, con la cara vuelta hácia el Oeste, que es donde está situada la tierra de los espíritus. Anderson cuenta que los Damaras ponen á los cadáveres de cara al Norte, «para recordar—á los naturales—el punto de donde procede su raza, y sus vecinos los Beelmanos «colocan sus cadáveres en la misma posición.»

Junto con estas ideas que difieren en razon de los antecedentes de las tribus emigrantes, se encuentran ideas diferentes sobre el viaje que es necesario hacer despues de la muerte, é ideas que tambien difieren y de una manera correspondiente de los preparativos necesarios para tal viaje. Ora se trata de un viaje hácia un mundo subterráneo; ora de un viaje terrestre; ora el itinerario sigue el curso descendiente de un rio, ora es necesario atravesar el mar. De cada una de estas creencias dependen diferentes prácticas.

Como ya queda dicho más arriba, una genealogía que remonta á los tra-

gloditas, como lo prueban los huesos que se encuentran en las cavernas y como tambien lo prueban las tradiciones, da lugar á ciertas creencias acerca del origen del hombre, y cuando van unidas á la esperanza en un retorno para despues de la muerte á la mansion de los antecesores, con otras creencias acerca del sitio ocupado por el otro mundo. «Una mitad por lo ménos de las tribus de la América del Norte, dice Catlin, creen que el hombre ha sido creado debajo tierra ó dentro las cavernas formadas por las rocas de las grandes cordilleras.» Esta es una nocion que no podia dejar de nacer en hombres cuyos antecesores vivian en las cavernas. Desprovistos de todo conocimiento científico, sin ideas generales, sin lenguaje en estado de poder expresar la diferencia que separa el acto de dejar salir del de crear, habian necesariamente de tener tradiciones que les hiciesen salir de las cavernas, ó bien, de una manera más vaga, de la tierra. De conformidad con lo que las leyendas determinan, tanto si son especiales—lo que necesariamente sucede en los países donde las cavernas que en otro tiempo se habitaron no distan mucho,—como si se hacen generales,—lo que probablemente sucede cuando la tribu emigra hácia otras regiones—la creencia puede tomar una ú otra forma. En el primer caso, se formará mediante leyendas del género de las que existen entre los Bassutos, donde hay una caverna de donde se dice que salieron todos los naturales del país; ó bien del género de aquellas que cuenta Livingstone cuando nos dice «que una cierta caverna vecina del pueblo de Sechele, se cree en el país ser la mansion de la divinidad.» En el otro caso, se formarán ideas del género de aquellas que existen entre los Todas, que creen que sus antecesores han nacido de la tierra, que es lo que opinaban las antiguas razas históricas, que miraban «la madre Tierra» como la fuente de todos los seres. Sea de ello lo que quiera, en realidad, tenemos al lado de la creencia en un origen subterráneo, una creencia en un mundo subterráneo á donde van los muertos á reunirse con sus antecesores. Sin insistir sobre el efecto que hubo de producir en los hombres primitivos la vista de vastas cavernas ramificadas, como la del Mammuth en Kentucky, ó la de Bellamar en Florida, no tenemos más que recordar que, en las formaciones calcáreas que cubre toda la superficie del globo, el agua ha escavado largas y ramificadas galerías, que conducen al explorador ora á un precipicio infranqueable, ó á un gran rio subterráneo, ora á angostas resquebrajaduras, y que eso basta para hacer comprender que por fuerza ha de nacer la creencia en un mundo subterráneo de una indeterminada extension. Pensemos en la credulidad de nuestra gente del campo que les lleva á asegurar á cuantos viven en las cercanías de un estanque que éste no tiene fondo. Claro está que se cree

lo mismo respecto de las cavernas que no tienen una gran extensión, pero cuya extremidad no ha sido explorada, y que uno se deja fácilmente llevar de la inclinación á considerarlas como aberturas que conducen por tenebrosos caminos á las tristes regiones de los infiernos. Y cuando en los países donde existe una caverna que en un principio se habitó, usóse de ella á la vez, ó más tarde para sepultura, y que por consecuencia de ella se ha difundido la idea de que está poblada por las almas de los antecesores, bien pronto se han tenido razones para creer que el viaje de ultra-tumba que hace la alma á la mansión de los abuelos, consiste en descender al Hades (1).

Cuando el viaje que lleva á los infiernos ó á otra parte, ha de durar mucho tiempo, dicho se está que necesita sus preparativos. De donde viene el uso de dejar ciertos objetos junto al cuerpo del difunto: por ejemplo, una maza en manos del Fijiano para que pueda defenderse; un venablo al mismo fin en las de un Nuevo Caledonio; el zapato de los infiernos que los Escandinavos depositaban al lado del cadáver; el sacrificio de un caballo ó de un camello para ahorrar al difunto el cansancio del camino; los pasaportes mediante los cuales los Mejicanos se ponían al abrigo de todo percance; la cabeza de perro puesta por los Esquimales en la tumba de un niño para servirle de guía hácia la tierra de las almas; la moneda para el pasaje y los presentes destinados á apaciguar los demonios que se encontrasen en el camino.

Dicho se está, que hay un cierto aire de familia entre las dificultades que presentan esos viajes de retorno al país de los antecesores, con las que encontraron los pueblos en su emigración. El cielo de los negros de Costa de Oro, dice Bosman, está situado «en un país del interior llamado Bosmanco,» siendo necesario para llegar á él atravesar un río. El paso de un río es naturalmente el suceso principal en la relación de un viaje para los pueblos del continente. Los emigrantes no tenían barcos para ello; la tradición, pues, hará del río un enorme obstáculo, y el paso del mismo se convertirá en la principal dificultad del viaje de los muertos. Algunas veces entre ciertas tribus de la América del Norte, se dice que la razón del retorno de una alma, es por no haber podido pasar el río. Así es como se explica la terminación de un ataque de catalepsia; pues se cree que el otro yo vuelve por no haber podido atravesar el río. No es,

(1) Confirma este modo de ver, un hecho que he descubierto después de la impresión de este pasaje. En un principio existía entre los Hebreos el uso de enterrar á los muertos dentro las cavernas. La compra de una caverna por Abraham lo prueba. Relacionemos con este uso el sentido de la palabra *cheol*, que quiere decir caverna, y bien podemos inferir que el mismo método de desarrollo que hace del alma del otro mundo una alma dotada de una existencia permanente, hace también de la caverna un mundo subterráneo.

pues, imposible que la idea que se forman de los peligros del viaje se considere tan grande, que luego de haber escapado de ellos no quiera el difunto afrontarlos de nuevo, dando esto lugar á la creencia de que los espíritus no pueden atravesar una agua corriente.

Cuando una tribu emigrante en lugar de llegar á una nueva estancia por un camino directo ha llegado á él subiendo por la corriente de un río, la tradición y la idea de un viaje de retorno al país de sus antepasados, que es su consecuencia, toman otras formas y sugieren nuevos preparativos. En ciertos países en los que la vegetación es extremadamente lujuriosa, los ríos son, no diremos que el único medio de penetrar hasta el interior, sino seguramente el medio más fácil. Humboldt nos dice que, en la América del Sud, las tribus se extienden á lo largo de los ríos y de sus afluentes, y que los bosques que los separan son impenetrables. Análoga distribución se observa en Borneo, en cuya isla los invasores extranjeros se han establecido en los ríos y en las orillas del mar, viéndose claramente que la invasión ha seguido el curso de los ríos. De aquí provienen los ritos fúnebres que se observan en Borneo. Saint-John refiere que los Kanowits acostumbran á cargar una ligera canoa con los bienes de un jefe fallecido abandonándola á la ventura en el río. El rajah Brooke cuenta que «los Malanesios tenían la costumbre de llevar el cuerpo de sus jefes hácia el mar, en un barco, con su espada, alimentos, vestidos, etc., y frecuentemente con una esclava amarrada á la barca.» Bueno es notar que habla de esta costumbre como antigua, y que, añade, en la actualidad «depositan aquellos objetos junto á las tumbas:» ejemplo de la manera cómo estas prácticas se modifican y cómo se borra su sentido. Los Chinos nos ofrecen un ejemplo análogo que puedo añadir: colocan el cadáver en una canoa cerca de la orilla del río, con la proa hácia la corriente.

Un viaje que conduce al otro mundo bajando por la corriente de un río, nos lleva casi sin transición á la última especie de viaje, á una travesía por mar. Los hallamos de ordinario en los países habitados por una raza que se ha establecido en ellos después de una navegación de Ultramar. El cielo de los Tongans es una isla lejana. Verdad es que no se sabe á punto fijo donde está situado Bulu, la mansión de los bienaventurados de las islas Fiji; pero «no se puede volver á ella sino en canoa, lo que prueba que está separada de este mundo por el agua.» Turner, que nos describe el infierno Samoa, dice que está situado «al extremo occidente de Savaii,» nos hace saber que «para llegar á él, el espíritu (si pertenece á persona que vive en otra isla) viajaba en parte por tierra y en parte á través del mar ó de los mares que lo separaban.» Nos cuenta ade-

más que los Samoans «dicen de un jefe fallecido *que se ha dado á la vela.*» Por otra parte, al lado de estas creencias ó en su lugar, hallamos usos suficientemente significativos. Ellis nos dice que á veces se halla en las islas Sandwich restos de una canoa junto á una tumba. En la Nueva Zelanda, poblada por inmigrantes polinesios, se encuentran á menudo, segun Angas, una canoa, y á veces tambien velas y remos, ó parte de una canoa, al lado ó en el interior de las tumbas. Además, Thompson nos dice que se envolvian los cuerpos de los jefes neo-zelandeses y que se los colocaba en cofres en forma de canoas, modificación que arroja alguna luz sobre otras modificaciones análogas. Cuando hallamos estas prácticas en poblados á donde no se ha podido llegar sino en barcas, no podemos dudar de la significacion de semejantes prácticas observadas en otros puntos. Ya se ha visto que los Chonos, ó Patagones occidentales, que pretenden descender de un pueblo occidental situado al otro lado del Océano, esperan ir á reunírseles despues de su muerte; hay que agregar que entierran sus muertos en canoas cerca del mar. Tambien los Araucanos, cuyas tradiciones y esperanzas son análogas, han enterrado alguna vez á su jefe en un barco. Bonwick afirma que en otro tiempo, los Australianos de Port-Jackson abandonaban los cadáveres á la ventura en una canoa formada con cortezas de árboles; mas no es esto todo: Angas, que quiere mostrar cómo una práctica cuyo sentido es en un principio perfectamente clara, reviste luego otra forma cuyo sentido es ménos distinto, dice que los pueblos de la Nueva Gales del Sud entierran á sus muertos en una de esta clase.

Análogos hechos hallamos en el hemisferio septentrional. Refiérese que los Chinuks «depositan todos los cadáveres, excepto los de los esclavos, en canoas ó sepulcros de madera;» Bastian nos dice que los Ostyaks «sepultan los muertos en barcos;» finalmente, los mismos usos se encuentran entre nuestros antecesores Escandinavos.

Todavía surge otra explicacion de estos hechos. Vemos como, en la misma sociedad, pueden formarse y se forman efectivamente, bajo ciertas condiciones, creencias en otros dos mundos ó en más. Cuando á la emigracion se une la conquista y se organizan en una misma sociedad pueblos de diferentes tradiciones, tienen diferentes mansiones de antepasados á las cuales van sus muertos respectivos. De ordinario, cuando hallamos desemejanzas físicas y mentales, signos que atestiguan que la raza gobernante y la gobernada no tienen el mismo origen, cada una de ellas cree en otro mundo diferente. Se cree en las islas Samoa que los jefes «tienen un lugar separado llamado Pulotu.» Angas nos

dice que los Neo-Zelandeses sepultan solo á los jefes en canoas, con la esperanza de que volverán al país de sus antepasados. En opinion de los Tongans, pero no de todos, únicamente los jefes tienen alma y vuelven á Pulotu, su cielo: lo que probablemente indica que las tradiciones de los más recientes inmigrantes que conquistaron el país, son relativamente distintas y predominan. Con esta clase podemos comprender como otros mundos diferentes destinados á castas sociales diferentes, y que no tienen en su principio nada que ver con la ética, llegan á ser otros mundos para los buenos y para los malos respectivamente. Recordemos solo que la palabra *villano*, hoy expresion enérgica de la bajeza, significaba únicamente en otro tiempo siervo, en tanto que la palabra noble no se referia en un principio sino á la eminencia que procuraba una posicion social elevada, y no podremos poner en duda que la opinion pública primitiva no tienda á identificar la sujecion con la maldad y la posesion del poder con la bondad. Recordemos tambien que los conquistadores constituyen de ordinario la casta militar, y que los conquistados se convierten en esclavos que no combaten; finalmente, que en las sociedades constituidas sobre estas bases, la dignidad del individuo se mide por la bravura, y descubriremos una nueva razon para que los demás mundos de los conquistadores y de los conquistados, aunque en su origen no fuesen más que la mansion de sus respectivos antepasados, se conviertan en la idea popular, uno, en la mansion de los buenos, otro, en la de los malos. Es, pues, una cosa natural que en los países en que los descendientes indígenas de los pueblos trogloditas han sido subyugados por una raza invasora, sucede que los lugares respectivos á que las dos razas esperan volver, se distinguen en que una sea mansion de los malos y otra de los buenos. Nacerá una creencia semejante á la que se observa en Nicaragua. Los pueblos de este país piensan que los malos, es decir, que los que han muerto en su casa, van debajo de la tierra de Mitqantet; pero que los buenos, esto es, los que han perecido en el campo de batalla, van á servir á los dioses en los lugares en que el Sol nace y de donde se ha importado el maíz. Entre los Patagones hallamos la prueba de que los descendientes subyugados de una raza de trogloditas no consideran el mundo subterráneo como un lugar de miseria. Por el contrario, vuelven, dicen, despues de su muerte, á las «cavernas divinas,» para hacer en ella una vida agradable con los dioses que reinan en los países de bebidas fuertes. Pero cuando como en Méjico, ha habido conquistas, el mundo inferior pasa, si no por un lugar de castigo, á lo ménos por un paraje desagradable.

Dicho se está que las nociones que se forman de esta manera variarán en